
saberlo todo, enterarse de todo, revivirlo todo. Fue una incursión en la auténtica ciencia, la ciencia de vivir, con sus riesgos y sus triunfos. Y lo hizo sin perder la ecuanimidad, con un aire lejanamente ausente, bajo el que fluían calor y comprensión. Era la misma impasibilidad atenta que tenía en sus clases tempranas, la que tiene aún en la foto junto a **Las Meninas**, la que le rodeaba al salir a la Plaza de la Bonanova, en Barcelona, o hablando por los pasillos del Liceo. Y sin perder el **usted**, el **usted** del Centro, que ya en 1960 no sé bien qué distancias marcaba.

Vovimos otra vez a verle a Northampton, esta vez en verano. Enseñábamos en Middlebury College, en Vermont, en la frontera de Canadá. Un largo fin de semana bajamos de nuevo a Massachusetts a ver a Tomás Navarro. Don Tomás, estamos ya en 1966, no sale apenas. Hace algunos ejercicios metódicos. Manejar la segadora del jardín le hace mucho bien. Le hemos llevado un torito de Pedro Mercedes, el alfarero conquense. Don Tomás lo acaricia, lo mira y remira, lo coloca encima de un mueble, lo cambia de posición y vuelve a mirarlo. Ha recibido hace poco un ejemplar del primer tomo (y único) del ALPI, lo que le sirve para recordar anécdotas de los colaboradores, los rasgos peculiares de cada uno; no dice nada sobre la tímida y casi compromisaria aparición de su nombre en los preliminares del tomo. Desde aquel verano de 1966 no le hemos vuelto a ver. Sus cartas han seguido llegando, cada vez más temblona la letra, casi ilegible en ocasiones, más escueto el contenido, cartas con el saludo de la cruz, el abrazo de la fecha. A principios del último verano nos escribió Joaquina, su hija, diciéndonos que ya le costaba coger una pluma, pero que le gustaba tanto recibir nuestras noticias... Durante varios años, desde la Secretaría de la Academia (la Academia, que dio la gran lección de conservar a los expatriados en su sitio), le he estado mandando comunicaciones, le he enviado las convocatorias a varios actos sabiendo de antemano que no iba a venir, le he recordado las votaciones inminentes, he tenido en ocasiones que completar su información sobre algún candidato ya muy joven para su larga ausencia... Por un azar, he explicado dialectología en el mismo local donde Navarro daba sus lecciones de Fonética en la Ciudad Universitaria. Muchas vueltas ha dado el mundo desde entonces, y el camino hacia la radical soledad, ¿qué otra cosa es el vivir?, se ha ido aguzando. Pero todavía, a pesar de los altibajos, la voz de Navarro sirve de nexo entre mis comienzos y lo que pretendo comunicar a esas cabezas jóvenes que no le vieron nunca o que nunca oyeron su nombre —quizá por intereses ajenos al auténtico trabajo científico—. Y este nexo, entendámonos, ¿no se llama **magisterio**? Sí, magisterio ejemplar, y también acendrado patriotismo. ■